

Sevilla, Héctor (2016). “El valor del sin-sentido en la elaboración de motivos de vida”. *Pilares*, vol. 6, núm. 14, pp. 2-5. ISSN: 2007-719X.

El valor del sin-sentido en la elaboración de motivos de vida

Héctor Sevilla Godínez

«Muchos planes de estudio se alejan del contacto del individuo consigo mismo, del fomento de la duda, de la confrontación saludable que conlleva la apertura a nuevas posibilidades»



Una breve invitación a la filosofía

En el presente artículo se ofrecen una serie de lineamientos que invitan a reflexionar sobre el valor que aporta la vivencia del sin-sentido en los procesos de elaboración de motivos de vida. Se entenderá el término “sin-sentido” más como una vivencia percibida por el hombre, y menos como un sustantivo particular. Es decir, la connotación del sin-sentido estará en dependencia directa al individuo que lo experimenta. A la vez, se establece que los “motivos de vida”, en plural más que en singular, constituyen los aspectos que son considerados referencialmente en la construcción de sentidos para vivir.

El sentido del dolor

Una de las pocas certezas que nos corresponden, como seres vivos y conscientes, es la de que moriremos. Aunado a ella está la de estar constituidos como entes con posibilidades de sentir dolor. De tal modo, el dolor se hace presente en distintos momentos de la vida, de forma ineludible. Obviamente, siempre está disponible la opción fantasiosa de negar el dolor, o las ociosas ocultaciones que intentan eludirlo sin prescribir el valor que el mismo ha tenido, al menos para propiciar la habilidad de sublimar.

Si bien existe una porción de dolor correspondiente a cada vida, también pueden no-

tarse experiencias de dolor auto-inducidas. En estos casos, el valor del dolor, como pauta que lleva al movimiento, al cambio o a la resignificación, es puesto en pausa debido al énfasis con que es vivido o a las justificaciones a partir de las cuales es mantenido más allá de la línea de normalidad. Entre las críticas que Fromm realizó al hombre contemporáneo se encuentra su “dependencia de tipo masoquista que es concebida como amor o lealtad, los sentimientos de inferioridad como la expresión adecuada de defectos realmente existentes, y los propios sufrimientos como si fueran debidos a circunstancias inmodificables. (2011, p. 147). Como puede observarse, Fromm señala la apología común que es realizada para mantener y justificar el dolor.

No obstante, ni el amor supuesto, ni la honestidad imaginada o el sentir exaltado son motivos para mantenerse en el dolor. A pesar de que el dolor pueda concebirse como un “sin-sentido”, suele ser la pauta de inicio para la mejora o la toma de conciencia, pero su permanencia debe apuntar a ser pasajera. Por ende, uno de los aprendizajes más significativos que pueda preciar todo individuo es el de ser capaz de transformar el dolor en una motivación. Podría parecer contradictorio, pero incluso la vivencia más desagradable puede ser detonante de convicciones si de ella surge la consigna de no “volver a caer” o reiterar la experiencia. En ese sentido, lo que aquí se propone no es una invitación a la perpetuación del dolor, pero tampoco se trata de una simplista negación del mismo, pues de tal negación se deriva un crecimiento simulado y una experiencia humana parcial.

De acuerdo a Frankl, “en una era como la nuestra, la era de la falta de significado, la educación, en lugar de dedicarse a transmitir tradiciones y conocimiento, debería plantearse como deber principal el redefinir la conciencia individual: su capacidad de hallar significados a pesar del desmoronamiento de las tradiciones y los valores” (2012, p. 154). Contrario a eso, muchos

planes de estudio se alejan del contacto del individuo consigo mismo, del fomento de la duda, de la confrontación saludable que conlleva la apertura a nuevas posibilidades. Si “la desesperación es el sufrimiento sin sentido” (Frankl, 2012, p. 176), tiene sentido esperar un valor en lo vivido, cualquiera que haya sido la experiencia. El problema no es el dolor, sino la apatía para transformarlo o la debilidad creativa para emerger de él una solución que lo despidiera tras aceptarlo.

La precaución ante la responsabilidad

Si el dolor logra asumirse sin negarse, de ello nacerá la responsabilidad. Cuando el individuo toma la decisión de no vivir nuevamente la experiencia que causa dolor, se permite el ejercicio de su propio poder. Si bien el poder que tenemos ante todas las cosas vivimos es diminuto, al menos en la porción sobrante de lo que puede controlarse cabe un ejercicio de responsabilidad. Con esto no estoy cercano al lujoso interés de sembrar la propia realización, puesto que “si el hombre busca la autorrealización como objetivo directo, fracasará en su intento de perseguir algo que deber ser un mero efecto” (Frankl, 2009, p. 38). En ese sentido, la autorrealización es efecto de la responsabilidad; pero no de una responsabilidad hacia las partes luminosas que nos encienden y construyen, sino también hacia las dimensiones oscuras que también nos conforman integralmente.

No obstante, la responsabilidad que nos corresponde no es total. Para Frankl, “es un error mencionar que nosotros somos responsables del pasado ante el futuro; es exactamente a la inversa, somos responsables del futuro, sujeto a nuestra opción, ante el pasado ineludible” (2009, p. 171). En esa óptica, el intento por ejercer el control de todo lo que nos rodea es uno de los motivos por el que puede perderse el control anhelado. Vivimos una época en donde se vanagloria el poder humano ante la vida, el interés por controlar y por ejercer la autonomía plena; sin embargo, nuestro poder nunca es superior a la responsabilidad de la que somos capaces, el control que alcanzamos no supera unos cuantos aspectos y la autonomía sólo es plena en el mundo de la fantasía. A muchos les parecerá que todo esto bloquea la posibilidad crear un sentido; inversamente, la única manera de crear un sentido, de idear un motivo para existir, un significado de vida, es precisamente partir del reconocimiento de los límites.


La existencia de múltiples posibilidades no nos permite encerrarnos en superfluas e individualistas intenciones; esto es debido a que “la vida ya no transcurre en un mundo cerrado, cuyo centro es el hombre; el mundo se ha vuelto ahora ilimitado y, al mismo tiempo, amenazador” (Fromm, 2011, p. 77). La vida transcurre demasiado rápido; si permanecemos recostados en las respuestas comunes y tradicionales perdemos tiempo de genuino aprendizaje. De

acuerdo a Savater, “la gran verdad de que un empeño laborioso y disciplinado puede ser no sólo gratificante en sí mismo sino requisito inexcusable para comprender desde dentro la tarea cultural que nos humaniza debe ser hoy reafirmada con más fuerza que nunca (2010, p. 97).

Con todo esto, se aprecia el valor del dolor y el sinsentido, del esfuerzo y de la disciplina; a pesar de ello, no se justifica permanecer en el dolor o causarlo premeditadamente, así como tampoco es funcional mantenerse en el sufrimiento o encauzar la vida en función de una disciplina sin contenido. Tal como reconoció Frankl, el sufrimiento innecesario es “infelicidad innoble, no una noble desdicha” (2003, p. 96).

Sentido creado o sentido descubierto

No es suficiente con la comprensión psicológica para la elaboración de un sentido personal de vida o de un motivo para la existencia. Es inobjetable la imperiosa necesidad de un ejercicio filosófico, al menos hasta el nivel en que pueda lograrse un criterio básicamente personal e individual. En ese sentido concuerda Maurice Merleau-Ponty, para quien “la experiencia anticipa a una filosofía, tal como la filosofía no es más que una experiencia elucidada” (1997, p. 84); en esa línea, se afirma que no basta con vivir las cosas sino que es necesario fundamentar la vida a partir de lo reflexio-



«Actualmente, la necesidad de la filosofía aflora en cada conversación, en cada momento en el que se observa el decaimiento de la crítica, de la argumentación y de la honesta búsqueda de respuestas incompletas»

«Cualquier sistema educativo en el que se realice una didáctica paternalista, que sostenga con sus amables manos al estudiante, observándole como un ser indefenso, frágil y necesitado de protección, es una educación que niega el valor de la filosofía como pauta redentora»

nado tras las experiencias. No es lo que vivimos lo que nos genera un aprendizaje, sino la conciencia de lo vivido, la apertura a la enseñanza en la experiencia y la capacidad de gestar en ello un fundamento personal.

Frankl consideraba que: “Ningún psiquiatra, ningún psicoterapeuta (...) puede decir a un enfermo lo que es el sentido, pero sí que la vida tiene sentido; y algo más: que conserva este sentido bajo todas las condiciones y circunstancias; y esto, gracias a la posibilidad de encontrar un sentido en el sufrimiento, de transfigurar el sufrimiento humano en una aportación positiva (2009, p. 23). Precisamente, el logro de tal transfiguración es una derivación de un ejercicio consciente que requiere de voluntad sincrética y creativa.

Pareciera hasta aquí que basta con la voluntad para reflexionar filosóficamente sobre nuestras dolencias vitales o las experiencias dolorosas para poder transfor-

mar el sin-sentido en un mar de sentidos, pero la cuestión no es tan sencilla. Para Fromm, “el primer mecanismo de evasión de la libertad (...) es el que consiste en la tendencia de abandonar la independencia del yo individual propio, para fundirse con algo, o alguien, exterior a uno mismo, a fin de adquirir la fuerza de la que carece el yo individual” (2011, p. 146). Teniendo la posibilidad de crear a partir del caos, el individuo se traiciona a sí mismo al fundirse con otro y olvidarse de sí. Por otro lado, la solución tampoco consiste en una visión que excluya a los demás para centrarse únicamente en la propia individuación. Por el contrario, no se trata de vivir aislado en la egotismo, ni sustraído en la confluencia, sino adoptando una visión global, sabiéndonos parte de un sistema mayor. En este sentido, es elocuente Comte-Sponville cuando advierte que: “La humanidad no es una esencia que haya que contemplar, ni un absoluto que haya que venerar, ni un Dios que haya que adorar: es una especie que hay que preservar, una historia que hay que conocer, un conjunto de individuos que hay que reconocer, un valor que hay que defender”. (2002, p.152). Coincidente con este punto está la negación de una verdad individual, tal como la refiere Merleau-Ponty: “La verdad no ‘habita’ únicamente al mundo interior; mejor aún, no hay hombre interior, el hombre está en el mundo, es en el mundo que se conoce” (1997, p. 11). De tal modo, contrario a lo que hemos supuesto y en desconexión a los esquemas tradicionales del Desarrollo Humano, el sentido no es algo que se crea ni se destruye, sino una solución que se gesta en relación con otros, en la dialéctica constante

del hombre con lo social, es una elaboración conjunta. Asimismo, la permanencia en el sin-sentido trae consecuencias conjuntas, del mismo modo en que son colectivos los motivos para negar el sin-sentido funcional.

Por todo esto es que una descripción psicológica debe realizarse en la intención de que, una vez liberada de todo psicologismo, pueda convertirse en una reflexión filosófica. Tan es así que “no podíamos empezar sin la psicología, ni podemos empezar con la psicología sola” (Merleau-Ponty, 1997, p. 84).

Generación de significados a través de la filosofía

La filosofía no es una propiedad exclusiva de los que estudian una carrera llamada así. El ejercicio profundo y reflexivo, centrado en las causas últimas y finalidades de las cosas, es un derecho de todo individuo que se precie por estar vivo y ser pensante. Lamentablemente, las distracciones, la pereza, la falta de hábito, la apatía o la dispersión son obstáculos para el desarrollo de la habilidad potencial de pensamiento que cualquier persona posee. Un ejercicio filosófico honesto, que no esté supeditado a la intención de controlar y ejercer un ignorante autoritarismo supuestamente racional, terminar por conducir al reconocimiento de los límites. Entre tales límites está el de la posesión de la objetividad. Tal como reconoció Bolle De Bal: “La objetividad absoluta no es apenas accesible, cada uno corre el riesgo de dejarse influir en sus apreciaciones por sus propias características psicológicas y sociales: el investigador no es una excepción de esta regla. Su valor científico está en función de la medida en que toma conciencia de su propia subjetividad y obra en consecuencia” (1968, p.181).

«La sustancia intrínseca del pensamiento filosófico consiste más bien en desear la sabiduría, ésa que en ocasiones permite el sin-sentido y se despoja de vanidades para encontrar, desde la humildad correspondiente al carácter de lo humano, una conexión con lo infinito»





En tal sentido, cuando lo tocante es la definición de un sentido, no hay manera de esperar objetividad plena. Los condicionamientos son una pauta en la elaboración de significados de vida; por tanto, el reconocimiento del condicionamiento y el límite a la libertad que este supone, representa una actitud abierta a la vivencia del sin-sentido consecuente. Sólo en la vivencia de tal sin-sentido es que puede obtenerse la vía genuina a la elaboración de motivos de vida. Por ende, el sin-sentido cobra sentido y motiva, al conducir a la conciencia hacia la necesidad de crear alternativas. Aun así, conviene recordar que “la autosustentación absoluta no es posible debido a que estamos usualmente abiertos al daño y beneficio que nuestro involucramiento social, deseable o no, propicia en nosotros (2015, p. 157).

Actualmente, la necesidad de la filosofía aflora en cada conversación, en cada momento en el que se observa el decaimiento de la crítica, de la argumentación y de la honesta búsqueda de respuestas incompletas. Precisamente, “en virtud de los graves problemas que aquejan a la humanidad, la filosofía, como sistema de la razón, es más necesaria que nunca; sin embargo, por otro lado, existen tendencias muy poderosas que buscan reducirla, limitarla e inclusive anularla” (Vargas, 2012, p. 9). No basta, por tanto, con una intervención psicológica (o psicologizante) si ésta no conduce a una elaboración filosófica de parte del individuo. Si a la persona en consulta se le sigue mantenido en calidad de “paciente”,

consintiéndolo al grado de evitar a toda costa su vivencia del vacío y del sin-sentido, no se permitirá la germinación de una capacidad crítica tal que le libere de la parsimonia paciente y lo conduzca al furor del desencantamiento y del despertar. Ya no se trata de ser pacientes o tempestuosos, sino de ejercer la conciencia equilibrada que integra la luz y la oscuridad, tal como la naturaleza permite el día y la noche.

En el ámbito educativo, “la enseñanza debe ser tan pluralista como la sociedad misma y en ella es conveniente que puedan hallar acomodo estilos y sesgos diferentes” (Savater 2010, p. 161). Cualquier sistema educativo en el que se realice una didáctica paternalista, que sostenga con sus amables manos al estudiante, observándole como un ser indefenso, frágil y necesitado de protección, es una educación que niega el sentido del sin-sentido, la luz de la oscuridad y el valor de la filosofía como pauta redentora. Centrados en ofrecer respuestas los docentes ciegan el pensamiento crítico del estudiante al negarles la experiencia de la duda; motivados por el proteccionismo, los terapeutas que conducen a sus clientes-pacientes por la senda del deber ser (usualmente en su versión acomodaticia de acuerdo al parámetro de orden que establezca el terapeuta) no están ejerciendo la alternativa de la generación de significados a través de la filosofía.

Usualmente entendida como amor a la sabiduría, la sustancia intrínseca del pensamiento filosófico consiste más bien en

desear la sabiduría, ésa que en ocasiones permite el sin-sentido y se despoja de vanidades para encontrar, desde la humildad correspondiente al carácter de lo humano, una conexión con lo infinito.

REFERENCIAS

- Bolle De Bal, Marcel (1968). *Relaciones humanas ¿liberación o esclavitud?* Barcelona: Fontanella.
- Comte-Sponville, André (2002). *Invitación a la filosofía*. Madrid: Paidós.
- Frankl, Viktor (2009). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.
- Frankl, Viktor (2012). *El hombre en busca del sentido último*. México: Paidós.
- Frankl, Viktor (2003). *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder.
- Fromm, Erich (2011). *El miedo a la libertad*. México: Paidós.
- Merleau-Ponty, Maurice (1997). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Vargas, Gabriel (2012). *Filosofía, ¿para qué?* México: Ítaca.
- Savater, Fernando (2010). *El valor de educar*. México: Ariel.
- Sevilla, Héctor (2015). *Apología del vacío*. México: Plaza y Valdés.

Héctor Sevilla Godínez

Doctor en Filosofía por la UIA, Cd. de México
 Miembro del SNI (Nivel 1)
 Miembro de la Asociación Filosófica de México
 Miembro de la Asociación Transpersonal Iberoamericana
 Coordinador de Investigación en UNAG

